

SERGIO STIPANIC POUEY

EL PESCADOR PERDIDO

EDICIONES BOTELLA AL MAR

SERGIO STIPANIC POUEY

EL PESCADOR PERDIDO

BOTELLA AL MAR

Ediciones
BOTELLA AL MAR
Viamonte 2754 - 1º "5"
Buenos Aires

Directores
ARTURO CUADRADO
ALEJANDRINA DEVESCOVI

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.
IMPRESO EN LA ARGENTINA

"Nunca podrá el hombre descubrir nuevos horizontes si no tiene el coraje de alejarse de la costa."

André Gide

Cuando un pescador se pierde cuenta la leyenda que en noches de luna llena se escucha en el mar una canción.

El pescador que se ha perdido en el mar amanece un día cualquiera en las costas de algún país sin recordar de dónde vino.

Yo sé quién soy...

(a manera de prólogo)

...he nacido en el mar de peces infinitos, de tristeza milenaria. Mi alma converge entre las aguas salobres y turbulentas y la dulzura quieta del río que cruza el océano y lo parte en dos en el meridiano de Punta del Este.

En efecto: soy, ante todo, rioplatense.

Nací en la primavera austral del 44, cuando la guerra que nunca llegó a nuestro lado, se estremecía en Europa. Caminé por las calles pequeñas de Montevideo, entre tranvías, gaviotas, libros, gobiernos blancos y colorados, y el puerto. Como mi padre pude haber sido artesano, boxeador o dirigente de fútbol, pero elegí ser músico, maestro de escuela, periodista y... yo. Este que un buen día llegó a Buenos Aires para que vos me conocieras.

Yo sé quién soy.

S.S.P.

Llevo a cuestas una de las más terribles enfermedades que el hombre pueda padecer: he perdido la memoria.

Sólo un nombre y un apellido componen mi equipaje. Y algo más. Sé que he nacido en una pequeña aldea junto al mar.

Todas las tardes voy hacia la costanera pretendiendo adivinar mi pasado. Allí me esperan puntualmente las aguas barrosas, el rumor del puerto cercano, algún pescador acostumbrado ya a mi cotidiana presencia.

Vuelvo casi a la noche. Camino hacia el bar cercano para pedir siempre las mismas dosis de ginebra con hielo.

Luego, me dirijo al diario donde trabajo desde hace seis años como corrector de pruebas.

Así, de esa forma, este rito va modelando mi vida lentamente, dejando las huellas del pasado inmediato y por ósmosis, compro en ese rito una diminuta parcela de memoria para poder ser algo más que mi nombre y mi apellido.

El día que llegaron los tordos

Cuando los tordos
silenciaron al silencio
y volaron las últimas palomas de la plaza
vos te sentiste sola
vos te quedaste sola.

Entonces sobraron las palabras.
Se esfumó tu corta historia
tu sonrisa y el andamio.
El tordo invitó a sus amigos.
Comenzó la fiesta.
Hasta la madrugada rieron,
comieron y bebieron
borrachos del poder que no podían.
Así comenzó la orgía.
Así comenzó la orgía.

Entonces te reiste del mote,
vos, la muy fiel
la reconquistadora
(más de un viajero inglés te lo decía).
Entonces sobraron las palabras
y la fiesta proseguía.
Te habían dejado sola, lo sabías.

Buscando en el contorno de tu geografía
diste la media vuelta, miraste al mar
la Ciudad Vieja, la escollera
y en un largo bostezo caminaste
con los últimos compases de la orquesta
siguiendo a la gaviota
¿hacia dónde, Patria mía?

Los emigrantes

¿Qué misterios esconde el pequeño país de donde vengo? Muchas veces me he hecho esta pregunta durante estos años que siguieron al exilio. Lo cierto es que hasta ahora solo pude saber que estaba ubicado hacia el Sur de un antiguo mapa usado por cazadores de ballenas.

A veces, voy a visitar a mi buen amigo Juan Vegas, un español recluido en Buenos Aires. Me siento largas horas frente a un ventanal de su departamento ubicado en un decimoquinto piso y oteo sin descanso el horizonte del río, línea que me delimita el espacio más lejano que mi vista alcanza. Nunca descubrí nada más trascendente que algún barco, unos estridentes rayos solares y un cansancio mayor del habitual. Los manuales geográficos, las cartas marinas, los archivos arqueológicos nada me dicen. He recorrido islas y más islas. He hurgado en toda la extensidad marítima. Y todo, inútilmente. Muchas veces dudé de su existencia y me pregunté si no pertenecería al campo irreal donde la fantasía nos suele jugar malas pasadas. Pero siempre hubo una voz interior que me convenció de su carácter de país real y tangible, con sus límites naturales, calles, plazas, mercados, fábricas, restaurantes, y rodeándolo todo, gente.

Hombres, mujeres y niños que fueron de allí alguna vez, que allí vivieron y compartieron el amor, el sueño, el cansancio, el trabajo, el juego, la mentira y la lucha; gente que dejó una huella —pese a ese incontrolado misterio que hoy rodea el caso—, una huella histórica, finita, palpable. Y ahora en este mismo instante, quizás sean "icebergs" en las playas de ciudades diversas y universales, disolviéndose lentamente, licuándose.

Este es mi fervoroso mensaje: deseo, de todo corazón, la mejor de las suertes a esos conciudadanos que vagan por el mundo, incrédulos como yo, presos de las grandes urbes como yo. Ellos, buscarán seguramente el paisaje del campo verdecido o la blancura perpetua de las arenas, con la boca abierta como cachalotes perdidos en la costa o tristes al caer la nieve. Eternos, rudos, simples, abiertos a la alegría del vino y los jazmines, al trabajo matutino y a las lecturas nocturnas escondidas.

Llevan sobre sí, sobre sus hombros, la pesada cruz del destierro. Van de aquí para allá en busca de la tierra prometida. Son —o eran— ciudadanos de un pequeño país bañado de punta a punta por agua salobre. Al igual que yo, todos miran al Sur porque estaban acostumbrados a soñar y amar mirando al Sur.

La Osa Mayor

Si algún día vas al Norte
y eres pasajero austral, perdido,
víctima de un absurdo olvido
(como acaso yo lo soy)
te asombrarás mirando al cielo
una noche igual, lejana,
sola con las tinieblas como la de hoy.
Verás en Madrid o en Barcelona
en Praga, en París como en Roma,
otras estrellas.
Y descubrirás quieta, una de ellas:
la Osa Mayor.
Tal vez le preguntes
qué sabe de aquel amor.
La Osa Mayor.
Acostúmbrate a mirarla
cuando
sientas la nostalgia de tu tierra
cuando
estando frente a una mujer, quieras besarla
y maldigas la mala suerte de esta vida perra.

Palabras a una ciudad en tinieblas a las seis de la tarde

Atate a esta hora.
El sol rezonga en el horizonte,
el diente escarba, la vejez redobla,
y tú permaneces quieta.
Mira el reloj, la sonrisa incierta, el preámbulo,
el muelle lisonjero de esperanzas,
las claves de la derrota,
esa paz del grillo taciturno que ya canta.
La noche se te viene encima
y el beso no te dice nada y lo dice todo.
Quédate hasta perder un minuto en esta hora.
Será un laberinto menos de la fuga
o un suicidio más adolescente.
En el reloj son las seis de la tarde
y no entiendes lo que pasa.
Te vuelan los gorriones bandoleros en tu mente
[dolorida
mientras hay signos austeros de piedras socavadas,
cantos de una estrella,
la prisa del agua entre las tejas
y el misterio del átomo en las fábricas.
Regálame esta hora.
La arena es blanca; el aire, húmedo.

Se vuelve profunda la mirada
hay olor a geografía por tus calles.
Júntate con la risa y el vino
con las rosas de marzo, el bullicio de los colegios,
las guitarras, el sueño, la caricia.
Es de día y de noche en el desierto
en las extremidades australes del mundo
y en la mente de los hombres.
Se vive en los hoteles de segunda,
en lujosas suites o en las casas de madera.
Esta hora te inventa un universo de postales
con patios de aljibe y parrales.
Esta hora te hace llorar
pero no importa.
Son las seis de la tarde en el reloj
y se retira moribundo el año-luz,
el hielo se quiebra en los témpanos,
cae un paquidermo, se funde el acero,
corre un niño por la plaza.
A pesar de lo poco que hoy tienes
o de lo mucho que te han borrado
no niegues esta hora ni lo que resta por vivir.
Yo he de estar siempre presente contigo
a las seis de la tarde.

Aguaviva

A veces viene un barco a buscarme.
Me levanta de la arena
enciende un motor de viento
y voy saltando sobre la sal.
Dicen que estoy loco
porque llego de la isla y no saludo.
Sólo me siento en una vieja silla
espero que sirvan la mesa
pido un vaso de vino fresco
y me paso las horas dibujando espirales.
Dicen que estoy loco
porque rio sin motivo.
Se me acerca un pez-pájaro.
El buen vecino me trae calamares
a los cuales les enseño mi casa.
Dicen que estoy loco
porque adopto calamares.
Siempre me ocurren cosas raras:
hoy una mujer se despidió con un beso
y rezó por mi suerte.
Ser náufrago no es fácil.
Generalmente es preferible
escribir a máquina que domesticar calamares.
Mi casa la bañan las olas por la noche
y de día se esfuma tras el horizonte

en raro espejismo.
Soy el capitán de una flota de caracolas
y el padre de los calamares.
No uso el teléfono.
Simplemente soy un náufrago
a veces.

Límites

Envidio a los pájaros. Ellos tienen el nido en un alero, sobre un álamo, por los capiteles de las iglesias. Las palomas duermen sobre hombres sagrados de la historia moldeados en bronce. Y el territorio sobre el cual vuelan delimita una patria.

No es muy grande la patria de la mayoría de los pájaros, excepto la del cóndor.

Yo aprendí a volar como los pájaros. Moví mis brazos y me hice liviano hasta vencer al espacio. Pero no tengo patria. Me la robaron o la perdí, aún no lo sé.

Los pájaros son libres porque vuelan sobre sus patrias. En cambio, yo, estoy condenado a vagar por las calles, las plazas y la costanera.

Quizás mi patria sea más grande que la del cóndor.

Soy un ciudadano del mundo y ése es mi consuelo.

El pianista de los malos días

Quiero un do sostenido
que me ayude a matar el hambre, compañero.
Soy un pianista difuso
en la bohemia del teclado errante.
Las fusas se me escapan de los dedos.
El pago es un puñado de aplausos
o una copa de alcohol que me envía algún pedante.

Ruidos

Los ruidos de la ciudad. ¿Descubriste algo acaso entre los ruidos de la ciudad nocturna y somnolienta? Cae la lluvia, es de noche ahora, y a mí me parece recorrer nostalgias, frecuentar bares taciturnos, caminar con ingenuidad adolescente por calles de adoquines imperturbables y firmes. Es posible que se piense en viejos y lejanos amigos. Los muchachos y muchachas van risueños a la búsqueda de la aventura que los saque del olvido en esta noche.

Sonidos con nombre, con rumores, con flores tristes que se resignan a ser vendidas, con vidas jugadas al azar. Audaces y temerosos a un mismo tiempo.

He visto transitar esos ruidos en Buenos Aires durante noches y noches. Escuché notas de tango en viejos bandoneones retorcidos, gritos sórdidos detrás de alguna ventana, estridentes sirenas en calles vacías y con pánico.

Mujeres de bocas muy pintadas esperan en las esquinas la llegada de imposibles malevos. He observado atentamente los andenes de las estaciones de trenes: mendigos, niños durmiendo, locas bailarinas, poetas y filósofos.

Me llega hasta la médula y sin quererlo el ritmo de un monótono long-play cantado en inglés. Quiero ser indiferente y quedarme en esa música estúpida.

Parabólicamente, la ciudad se resuelve en paso lento de soledad y en angustia de un cigarro final.

Regreso

Todo está como siempre.
Las playas de verde y blanco
tan distantes y tranquilas.
Como si nada hubiese cambiado.
Las mismas gaviotas del verano
los mismos cuerpos femeninos.
En el mar se olvidó la derrota
y la discordia.
En el oleaje se acunó
la nostalgia de lo lejano e intangible.
Llegaron otra vez las algas,
el sol, los peces,
las caléndulas de sintético con que juegan los niños
los unicornios del siglo veinte, los transistores,
con que gritan los adultos.
La tomografía computada de las piedras
ofrece su peculiar marrón y su sal,
su calor, su quietud,
su inquietud.
Axiales rayos que se cruzan en los edificios
cercanos, multicolores haces que no asustan a nadie.
Todo está como siempre.
Faltaré comprar un matutino
y leer las últimas noticias.
Habrá partidas de ajedrez

y música exótica de palmeras tropicales.
Elegiremos escuchar la voz de un locutor
o presenciar lo inmaculado en que persiste
el horizonte.
Yo tengo mi gaviota favorita
que vuela sobre los ojos del mundo.

Simple

El árbol nace recto y curvilíneo
asciendo al vertical de paso en paso.
El niño nace simple y preciso
como un álamo.
Y todo es así.
La primera palabra de una sílaba,
el vocablo definido, necesario,
complicada unidad de este conjunto.
Simple la mirada, la voz que tanto guarda,
simple el oxígeno en el aire,
la vestimenta inicial,
el primer miedo, el vacío.
Simple nace el niño como el brote
y simple es el pan, el espanto,
la muerte sugerida
que la materia nos reclama
con su simpleza de cambios todos los días.

Las manchas de la humedad

Y ahora que estoy aquí
como recién llegado
me reciben las mismas manchas de humedad.
Claro que ahora
que ha pasado el tiempo
ellas son mis amigas
y se esfuerzan en darme todos los días
al amanecer
el planisferio donde miro
quieto y moviéndose, el mundo.
Porque hasta eso han logrado darme:
la idea de movimiento
en esta ciudad de quietud
en tres por cuatro.

Ella era...

Apareció ante mí
como una nube.
Fue una noche de verano
bien me acuerdo.
Ella era distinta
a la Venus de Milo
a cualquier línea trazada
a lo preconcebido.
Se quedó esperándome
y tuve miedo
lo confieso
de quedarme en el puerto
para siempre.
Yo me fugué
con las primeras luces del alba
mientras ella dormía
serenamente como un niño.

Las plazas

En las plazas
se alimenta el otoño.
En las plazas
se funde el amor en un beso.
En las plazas
se atiende las 24 horas.
En las plazas
no hay porteros.
Las plazas son
pequeños rincones nostálgicos
del amor que un día se nos fue, cantando.
Pajaritos volando asustados
a las plazas vuelven apurados.
Toda la ciudad
sueña en las plazas,
se olvida el "smog", la oficina,
por las plazas el ciego camina,
el sol a las plazas se arrima,
adolescencia y vejez se combinan.
Las plazas son
pequeños rincones nostálgicos
del amor que un día se nos fue, llorando.
A las plazas vamos añorando
cuando el tiempo se nos va pasando.

Del mar un nombre

Del mar un nombre.
Una espiga niña que crece y se tambalea
una adolescente que se pierde
entre algas, rocas duras,
islas inencontrables.
Te amé o no te pude haber amado.
Desde entonces tengo
la voz más triste,
ríspido el corazón, las manos ásperas.
Cuando cae el sol
como una gota de vidrio incandescente
y los pescadores tienden sus redes en la playa
mis ojos te buscan en la arena de este verano se-
[diento.

Del mar me llega un nombre:
Solo yo lo siento.

Mi casa

Mi casa era roja, rodeada de sauces y de médanos con un cedro grande que daba a la ventana de calle. Tenía un pequeño jardín cuidado con unción por las manos de mi esposa. Pasando la puerta de entrada había olor a comida, risas de niños, un jarrón con flores frescas.

Mi casa era roja y tenía sillas de mimbre. Todo estaba en orden, en un imperfecto y tierno orden.

Cuando ellos llegaron fueron seguramente directo hacia la biblioteca. Pregunto dónde estarán mis libros ahora. Cuando ellos llegaron nosotros ya no estábamos. Ellos fueron entonces los nuevos dueños de mi casa roja.

La Patagonia

Uno de esos días deambulé por un mar negruzco y sin peces. Me acompañaron en mi trayecto hacia la costa unos elefantes marinos que —en señal amistosa al extraño visitante— jugueteaban con sus trompas raras a los tibios rayos del sol.

Desembarqué osado, como un holandés lo hubiera hecho en el Cabo de Buena Esperanza de la hermana tierra africana.

Busqué el sentido de los pájaros bajo un penetrante viento. Pero, al internarme tierra adentro, ví que los pájaros habían huido.

En esta planicie se estremece la soledad entre máquinas que horadan despiadadamente las piedras buscando el oro negro. Solo un rebaño de cabras parece ignorar la presencia de estas langostas metálicas.

El mundo se olvidó allí de los hombres y éstos, si llegan, buscan en las cantinas del puerto la fuga del alcohol y de las nalgas tibias de las mujeres de turno.

Las noches son largas, perceptibles, frías, oscuras y es necesario apoyarse en las estrellas infinitas para sentirse menos solo, menos desgraciado.

Y a pesar de todo eso, puede tener la sensación de ser el dueño absoluto de un imperio austral, intocable, azul, monolítico e irónico.

Petróleo

Los peces llegaban a la costa por miles, flotando panza arriba, agonizando. Al poco rato quedaban tiesos en la arena.

El niño fue observando que todos ellos traían sus escamas oscurecidas por una sustancia aceitosa de color negruzco con tintes marrones, brillosa.

Varios días hubo de contemplar esa escena alucinante que lo aterraba.

El hijo de un pescador cree que los peces tienen vida eterna. Es inconcebible para él la muerte natural de un pez.

A esta hora

A esta hora
se enciende una luz en una casa lejana
una madre se despide de su hijo
un cangrejo camina lentamente
nace un niño
parte un avión
cae la nieve
gira el astronauta en el espacio
comienza el turno en una fábrica
se estrella un átomo de uranio
dos amigos se encuentran en la calle
termina una función de cine
opera el cirujano
se funden dos en un beso
cae una gota de lluvia
se producen cuatrocientos mil bostezos
suena un teléfono
descansa algún ministro
alguien bebe cocacola
se mueren varios por el hambre y el frío
a esta hora muchos se ríen
otros lloran
otros piensan a esta hora
rezan a esta hora
fornican a esta hora

sale el sol
el sol se esconde
suena una sirena
vuela un pájaro...
Me pregunto dónde estarás amor
a esta hora.

La pelota de trapo

La pelota de trapo
no tiene dueño.
La pelota de trapo
es de todos los muchachos.
La pelota de trapo
es pobre porque es de trapo.
Es infancia,
sueño, destino,
magia, domingo,
pantalón corto,
pies descalzos,
gorrión, cachila,
orsai, piña,
mocoso atrevido,
tranvía, nostalgia,
paliza, calle,
la María, te rompo la cara,
lo juro,
señorita maestra,
te juego por figuritas,
cero a cero el que hace el gol gana.
La pelota de trapo
era la luna.
La pelota de trapo
era matiné de los domingos.

La pelota de trapo
era la vida
y pateábamos la vida
con la pelota de trapo.

Barrio Sur montevideano

Donde las síncopas se confunden con el jazz
donde la pobreza no se confunde con el "way of life"
donde unos golpes suenan y suenan
y los patios se mueven
y los hombres se conmueven
(en el puerto las aguas quietas nos miran).
Los malvones que respiran
el sudor tinto de los que aspiran
el pago del alcohol o casi nada
cunde el misterio de la diosa pagana
la noche con sus misterios
los rostros que se ponen serios
y una mirada azul tu mirada
que se va con los sones a la rada
siempre que una palabra no nos diga nada
sólo morir por una noche
sin un reproche
amada negra
noche estrellada
por el barrio Sur
la morenada
tamboriles
sollozos de violines
tierra querida esperanza
se va la noche con añoranza
de un futuro mejor
sin un temblor
por el sur al Sur
marcha el barrio Sur.

El Padre de los Pobres

El negro pasó frente al gran barracón donde estaban salándose los cueros. Pensó lo poderoso que era su dueño. Tener en sus manos toda la única industria de la ciudad-puerto era decir de su poderío.

Pero los comentarios habían llegado a las aguas del río y éste lleva y trae a la costa.

Cuando el negro había llegado al puerto en aquella galera junto a sus dos hermanas y a su madre los había recibido el mismísimo Don Francisco. Y él mismo los condujo hasta el mercado de esclavos. El mismo los ofreció en venta.

Los blancos admiraban a Don Francisco. Este benemérito personaje construyó entonces un nuevo barracón en el camino que bajaba al río, cercano a la puerta sur de la Ciudadela. Al poco tiempo comenzó a funcionar allí un hospital gobernado por las monjas de la Orden de Santa María.

El barracón a los tres meses se llenó de negros y negras viejas y enfermas mientras sus patrones estancieros (y algunos solamente propietarios de una suerte de chacra) discutían con las monjas sobre los males que aquejaban a los esclavos.

Don Francisco hacía su visita regular al hospi-

tal los domingos por la mañana luego de concurrir a la misa de 8.

Los negros dejaron de llamarlo Don Francisco y cuando de él se referían decían orgullosos: "El padre de los pobres".

El negro nunca pudo entender del todo por qué el padre de los pobres lo vendió en el mercado.

Presentación del rey Momo en Buenos Aires

Camino por San Telmo. Busco indicios, huellas, recortes del pasado para encontrarlo. Solo hallo vetustas casonas a punto ya del derrumbe y la piqueta que me sugieren el ritmo, la cadencia, la fiebre de los "parches" o "lonjas" batiéndose en una noche cualquiera del carnaval de antaño. Patios gastados con macetas de malvones, baldosas flojas, ropa tendida al sol. ¿Y los negros? ¿Y el candombe?

Lo mismo en Monserrat. Inútil búsqueda.

Esta noche de carnaval he recibido la inesperada visita de un rey efímero y eterno, sudoroso y de ronca voz. Es Momo, lo pude reconocer. Me ha declarado lo siguiente:

"Soy diablo o rito, grito africano en las penumbras o semidiós acurrucado bajo la luna en alguna noche tensa. Soy blasfemia incoherente o dulzura de ritmos azulados que se esparcen por los siglos. Mi reinado abarca poco tiempo y sin embargo mi séquito perdura. He llegado a dominar los febreros de dos ciudades. Mi comparsa tendió un lazo entre el sur de la pequeña Montevideo y el Monserrat de la gigantona Buenos Aires. Y mis negros

florearon sus cantos, sus risas, sus tamboriles. Multicolores mantos de sedalina, banderilleros, escoberos, mamas viejas, gramilleros nutrieron los patios con aljibe y los empedrados de las calles. Soy negro, esclavo, liberto, espíritu zulú, ángel bantú, genio mahometano y candombero rioplatense. Lejos estoy de aquel día de la selva y el rugido, del calor ardoroso y del desierto.

Ya no soy, es cierto, ese que abrazara Manuelita, la hija de Rosas. ¡Cuántos candombes en su nombre! ¡Fui diezmado desde hace tantos años! Participé en las revueltas primeras de la Independencia. El mismísimo Libertador se conmovió de mi gente, toda coraje, que expusieron su pecho desnudo a la pólvora, exclamando: ¡Pobres negros! Luego, la fiebre amarilla, aquel funesto año de 1871 que hizo trizas de negritos.

Poco a poco me fui yendo al olvido, en silencio, yo, el padre del ritmo, el apóstol preferido de las negras que movían sus caderas al compás de los tamboriles y enardecían la noche.

Fui un rey pasajero, de año en año, de máscara en máscara, de dolor en dolor. El ancho río es mi testigo y esas viejas paredes que vos miráis en un museo, mis palacios".

DOS POEMAS PARA NEGROS CANDOMBEROS

— I —

Una poesía simple de un tambor
una musa profana de maderas recortadas y lonja
[tensa.
Los golpes que llegan del tamboril
al alma del negro y del blanco
en la calle del barrio viejo.
Se juntan dos, tres, muchos,
se oye un repiqueteo y un chas chas.
Suena el tamboril en esta noche
por todos los zaguanes se encuentran los negros
se olvidan de viejas rencillas de política
y de asuntos de divisas. Salen con los ojos brillantes
sí, digo, brillantes los ojos y los brazos tensos.
Las manos que siempre golpean el tambor
que cuelga del hombro.
Una poesía simple como la tierra
negra como la tierra
un son rojo como el vino
que alegra y da coraje.
Llena el sonido los empedrados,
las calles vacías, las viejas casonas a punto ya
del derrumbe y la piqueta.
El negro entonces se quedará solo
con su tristeza caminando.
El negro se estremecerá de soledad

y el tambor sigue golpeando su cuerpo y su alma
[y sus instintos.
Los turistas los miran asombrados.
La luna, siempre la luna, recorre los techos
con la ropa tendida.

— II —

Hoy lloran las cenizas del fuego extinguido
y el miedo crece en las cornisas.
Todo ha pasado y nada se detuvo.
Sigue, pese a todo, pese a todos.
¿Cuándo volverán las macetas con malvones
bajo la mañana del canto del pájaro?
Hoy todo se cubre hasta el espanto
y en la angustia florece el musgo azulado
de la piedra.
¿Regresará el sonido de tambores
si el negro está escondido entre las ruinas?

El signo de Esmeraldas

En ese puerto el abismo llegó y nada se detuvo. Y todos siguen traficando dolor y solazos, esquemas puntiagudos del esfuerzo y el hambre, del color y la sangre. Las manchas de petróleo resurgen en el agua verde una y otra vez, como blasfemia precoz del siglo. Los pescadores trajinan sus redes y sus ansias, en canoas pequeñas que combaten la fiera del mar en noches de huracán, lujuria y misterio. Los niños, por fin, esperan boquiabiertos en la orilla el retorno del pez palo que un día les trajo cuentos y fantasías imborrables.

Yo crucé el continente por un signo dorado, ambarino, que creí descubrir en el mapa de Esmeraldas. Todos mis instintos se turbaron y los mojones señalaron el camino. He de confesarles que anduve días sempiternos y noches de nostalgia y alcohol, donde una morena ventilaba mis accesos de fiebre palúdica. Me interné en el Amazonas, uní los monstruosos desiertos de agua para llegar desde el Atlántico al Pacífico. Crucé la cordillera una fría mañana y me topé con el Cotopaxi y el Chimborazo que miran desde su altura distraídamente — como dioses alejados del mundo— la pobreza humana que se retuerce hacia la costa.

Temía llegar tarde al encuentro con el signo, ese

viejo signo americano que enloqueciera a Pedro de Mendoza, aquel noble español de tozuda idea conquistadora, o que convirtiera a Pizarro en delincuente, acusado de homicida por el alma de Atahualpa.

No, yo no me resignaba al fracaso. Aquel signo estaba registrado en las entrañas de las estrellas y hacia Esmeraldas señalaba la Cruz del Sur. Con esa fe, que me hacía comprender la eterna búsqueda de El Dorado, recorrí kilómetros y kilómetros, callado, sudoroso, perseverante.

Los buques petroleros entran y salen de Esmeraldas. Los marinos observan impertérritos en la borda el paso de las miserables canoas que semejan gaviotas en derredor de un cardumen de anchoítas. Las redes se tienden y se vuelven a tender. Siempre sobre el tiempo o falta el tiempo. Los mulatos desconocen o simulan ignorar la leyenda de El Dorado. La monotonía del verano se estrella en las rocas al mediodía. El sol vertical descarga su ira sobre las cabezas .En lujosos hoteles puede uno burlarse de la mala vida y del fracaso, comiendo bananas y papaya. El signo poco a poco se va quedando atrás, como una vieja página de un libro escolar, como un lejano beso adolescente.

Estoy cansado. Yo nunca estuve en Esmeraldas...

Noche de tango

Hubo una vez un tango
que me golpeó en el costado izquierdo
que me tumbó en el tercer round
y busqué inútilmente amaneceres
y jazmines del estío.
Corazón herido,
hube de haber fallado en algo
para dolerme así
tan de improviso
la muerte que llevo dentro
guardada con nostalgia
con el tango que he nombrado
y que conservo en el recuerdo
para dolerme más
condescenderme
y reprocharme eternamente
la eternidad perdida
y una búsqueda suicida
de noches de ginebra
dando manotazos a la niebla
en franca despedida.

Luego de la ausencia

Vengo del mar.
Estuve ausente con ese vago sentimiento
de no saber estar por no quererlo.
Vengo de lejos,
de arar las crestas de las olas
con mi mano muda.
Vengo a disculparme por mis fracasos .

Adiós al amor

El día que la luna
no sea motivo del poema
y un caballo de estaño
se pose en sus rodillas
estarás amor
adivinando las paredes desgastadas
del recuerdo
mientras un coro de monótonas doncellas
con pretendidas ilusiones televisivas
pasearán sus voces desconformes
por la acera gris del nuevo día.
Avanzarás desconfiada a medianoche
mirando al mar.
Por la arena sucia de petróleo
caminarás triste
caminarás sola
con la luna en la solapa.

Se acabó

Y ya lo ves.
Es hora de decirle al tiempo
que no hay más tiempo.
La magia se acabó.
Es así, amor, aunque no quieras.
Desanda los recodos
la galería azul del cuento
ese que nos dimos y anduvimos sin descuento.

De mí dirán (en espesuras):
cuando el aplauso sonreía
la escena estaba fresca todavía.
Y soltarán de vos
hasta las últimas rosas
revolviendo por la casa
todos tus casos, todas tus cosas.

Ya lo ves.
No hay más tiempo.
¿Te estás buscando lugar?
Se acabó la magia, amor,
y si te vas a jugar
hazlo ahora y pronto
que no hay más tiempo.

La antigua canción

Qué uranio enriquecido derramado
qué medusa procaz irreverente
qué viento nórdico sofocado
me trae esta canción, cultiva sueños,
reaviva grillos, trepa a los médanos,
la noche de esta noche el gran retorno
ahuyentando el olvido, el otoño, el amarillo,
ha de volver a creer que soy querido.

El pagador de promesas

Me iré al Sur una mañana.
He de andar entre pescadores y prostitutas,
gaviotas y pingüinos;
haré correr el vino en la garganta
para darme valor, pericia, tiempo.
Dibujaré caminos con mojones eternos,
seré brújula, acción, viento.
Derrumbaré ese cruel remordimiento
de haberte dejado solo,
patio feliz de infancia,
pueblo.

ÍNDICE

"EL PESCADOR PERDIDO" de Sergio Stipanic Pouey ha sido impreso en los Talleres Gráficos ZLOTOPIORO S.A.C.I.F., Sarmiento 3149, Buenos Aires, en el mes de julio de 1981.

YO SE QUIEN SOY declara y reafirma valerosamente Sergio Stipanic Pouey abarcando un ilimitado campo de realidades, ensueños y caminos envueltos en mares, ciudades o puertos entre torbellinos de pasiones que lo unen al espectacular YO SE QUIEN SOY de Don Quijote.

Así los legendarios campos de Castilla se verán surcados por la audaz y juvenil aventura de un **pescador perdido,** que mágicamente enriquecerá sus redes con tesoros de palabras, canciones y aventuras. Admirable fortuna literaria **que vuela sobre los ojos del mundo.**

El afortunado **pescador perdido** es experto capitán. Su simbólica gaviota, luminosa desde la Osa Mayor hasta la Cruz del Sur, nos conducirá hacia la vida de un hombre, cuya biografía son las brillantes páginas de un extraño personaje **nacido en el mar de peces infinitos.**

Se revive la hermosa leyenda de Botella al Mar, de la mano de André Gide: **Alejarse de la costa. Y perderse para cantar... viajar... llegar y quedarse en el puerto,** entre **la alegría del vino y los jazmines.** Asombroso nacimiento de esta obra de arte, alucinante e inquieta.

Desde un alto ventanal el horizonte es el río. Y ejemplarmente se abrazan el Barrio Sur uruguayo con el San Telmo porteño, el candombe y el tango, Punta del Este o la Patagonia, destino de heroísmo, grandeza y atracción de nuestra América, siendo **brújula, acción, viento.**

Sergio Stipanic Pouey nos regala una obra trascendental y bella, cuya advertencia sonora, sensual **flota de caracolas,** es soñar y mirar hacia el Sur teniendo la individual responsabilidad de arder y saber el dogma cervantino: YO SE QUIEN SOY.

Arturo Cuadrado

